

Del bisturí a los pinceles: *Entrevista a Octavio Rivero Serrano*

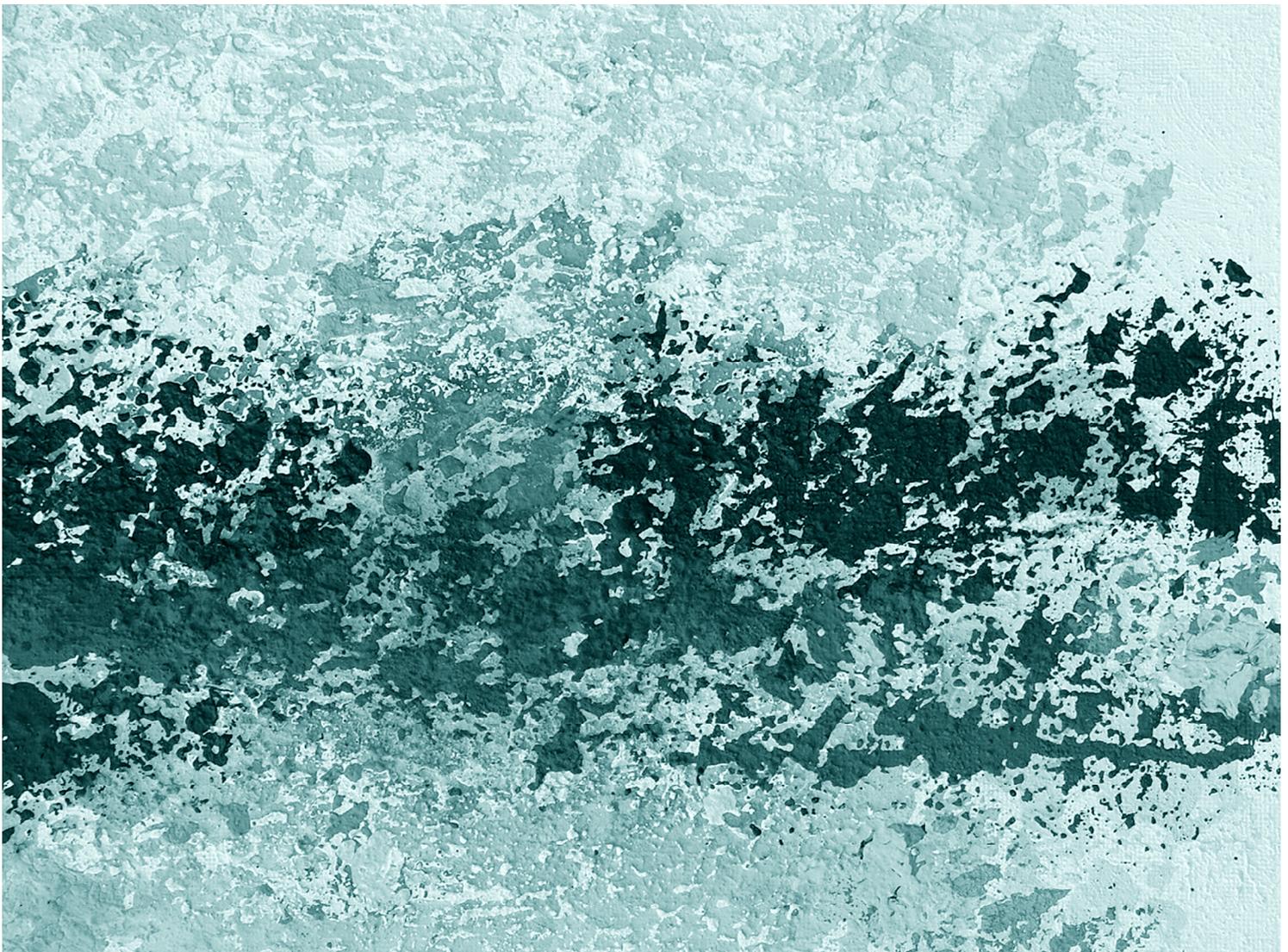
Ignacio Solares

A partir de tu exposición en la Casa Universitaria del Libro, recordé a un autor que me gustó mucho en mi adolescencia y que ahora está un poco olvidado: William Somerset Maugham; era médico y practicó la pintura. Pues bien, en la que quizá sea su mejor novela, Servidumbre humana, un personaje que había estudiado para médico cirujano dice en algún momento: “entre las artes, ninguna está más cerca de la cirugía que la pintura”. Te sienta como un guante la expresión, porque si

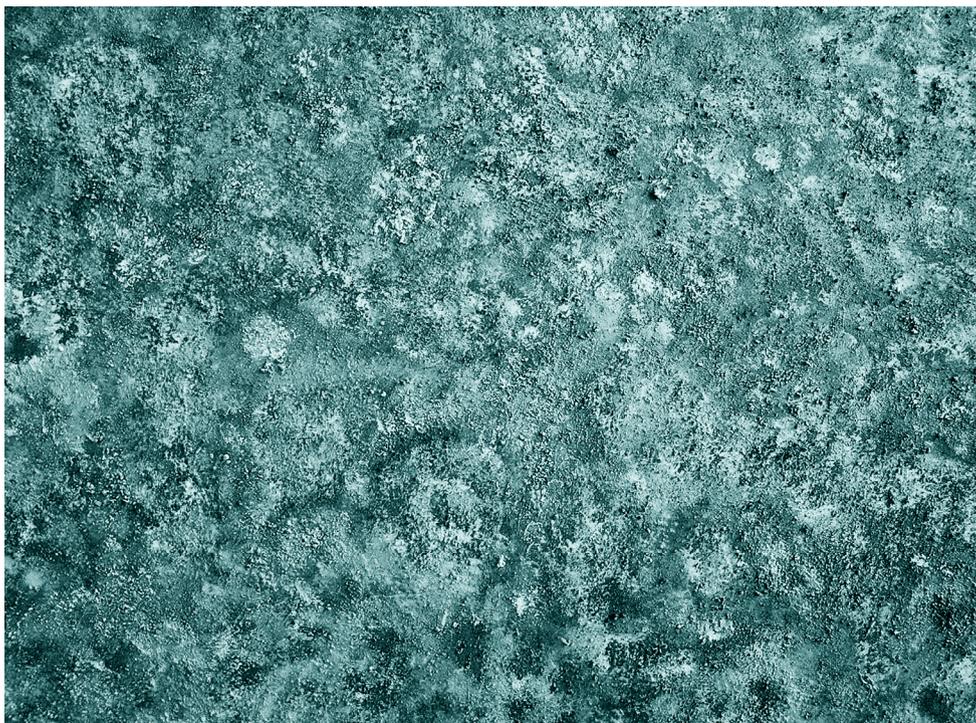
la volteas también es cierta; la pintura de alguna manera es una forma de hacerle cirugía a la realidad. Tú le haces una cirugía a la realidad expresándola y descubriendo lo que hay detrás de ella que es la belleza. ¿En algún momento llegaste a relacionar estas dos actividades fundamentales?

Yo diría que no directamente, aunque siempre tuve la inquietud de transformar la destreza de cirujano en una destreza de otro tipo. Sobre todo porque hace casi treintai

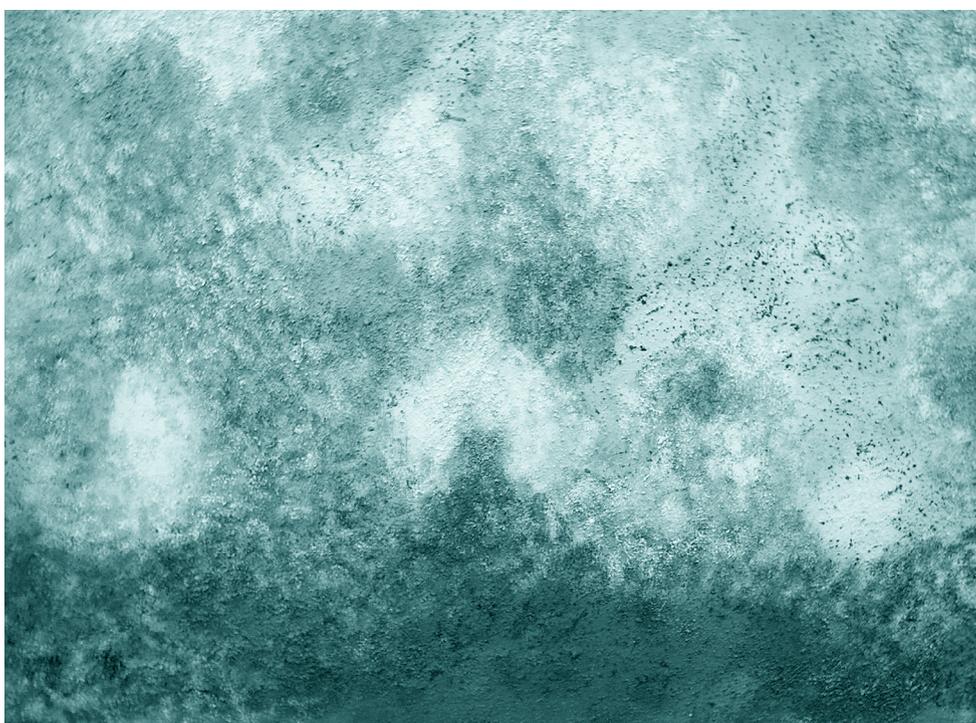
años tuve un pequeño problema de insuficiencia vascular cerebral que me dejó cierta dificultad para mover las manos. Un buen amigo, Fernando del Valle, me dijo: “ponte a hacer algo con las manos para que, cuando regreses a la cirugía, no te sientas incómodo”. Entonces hice un poco de modelado en barro y escultura, pero fue muy transitorio. Creo que la pintura compa revarios aspectos con la cirugía; aunque aprendas muy bien la técnica, cada caso es



Abstracto



Abstracto



Abstracto

distinto y tienes que improvisar siempre alguna solución.

Somerset Maugham dice que, finalmente, el pintor y el cirujano están transformando la realidad; ahí está el objeto que tú copias y que se transforma en tu cuadro, ahí está la idea abs-

tracta que también es una transformación de la realidad, y ahí está el pulmón enfermo que tú operas y que transformas. En este vínculo ¿no habrá algo en el inconsciente que te llevó a estas dos actividades tan profundamente ligadas?

Te diría que lo que realmente hice toda mi vida con una preparación comple-

ta fue la cirugía. Sentí que era una gran realización, porque el resultado de lo que hacía se veía en unos cuantos días; es decir, si yo tenía un enfermo con una caverna tuberculosa en el lóbulo superior y lograba quitarla limpiamente y dejarle los pulmones sin tuberculosis, pues era un logro muy definido. Como que yo estaba re-creando los pulmones, la vida misma de esa persona.

¿Cómo fue el aprendizaje, cómo empezaste a adiestrar tus manos, a descubrir tu vocación?

Tengo una hija que es restauradora de arte y yo iba a su taller de vez en cuando; una tarde me dijo: “¿por qué no te pones a pintar?, puede resultarte muy terapéutico”. Entonces empecé a visitar a Juan Manuel Salazar, pintor de la Escuela Nacional de Artes Plásticas, que hizo mi retrato para la Galería de Rectores y muy buen amigo. De pronto descubrí que, en efecto, podía pintar, algo que nunca había supuesto y que, como verás, cambió mi vida.

Dostoievski dice que: “sólo la belleza nos salvará”. Tú como médico necesitas del complemento del arte...

Yo creo que un médico que no tenga un complemento de cultura general —y si es cultura artística mejor— está incompleto. La percepción del médico debe ser muy humanista en relación con el problema del enfermo, y es imposible conseguirlo si ese médico no tiene un conocimiento elevado de muchas otras cosas. Un médico extraordinario, sir William Osler, dijo a principios del siglo pasado: “el que sólo de medicina sabe, ni de medicina sabe”; es una frase muy interesante porque es cierta. Ésa es una de las cosas más maravillosas que tiene esta Universidad, porque la vida de un universitario es de una riqueza y de una visión muy amplias. Yo pasé de la especialidad a la Academia de Medicina, donde pude contemplar un panorama mucho más completo de mi especialidad, no sólo

Creo que la pintura comparte varios aspectos con la cirugía; aunque aprendas muy bien la técnica, cada caso es distinto...

de la medicina sino de la sociedad, de la política, de la cultura. Alguien que vive la Universidad tiene posibilidades máximas de acercarse a todas las manifestaciones distintas de su propia especialidad. Te hace tener una percepción más completa, te hace ser más universal.

Yo estoy convencido de que somos lo que hacemos; siempre he creído que uno se involucra hasta el punto de ser uno mismo la obra. ¿Cuál es tu sentir ahora con esta nueva actividad en comparación con la otra experiencia?

Siento que ha enriquecido mi vida, que son etapas distintas; mi vida como cirujano fue muy rica, al punto de que gozaba literalmente haciendo cirugía. Yo no sufría, le tengo pánico a un cirujano que sufre. Yo me la pasaba muy a gusto, haciendo bromas, oyendo música, mientras estaba trabajando; era un acto muy creativo. Y siento que es maravilloso que en esta otra etapa de mi vida haya podido encon-

trar una salida tan rica como ésta. Creo que mi camino va más hacia lo abstracto, aunque no hubiera llegado a lo abstracto sin haber trabajado lo figurativo. Los bodegones poblanos delatan un interés en mostrarlos tal como los vi muchas veces en Puebla: oscuros, con contrastes.

¿Y el paso a lo abstracto?

No sé si recuerdes uno de los cuadros, que muestra unas frutas volando; antes de haber entrado a lo abstracto, le enseñé ese cuadro a Ramos Brito en Puebla y me dijo: “vas volando a lo abstracto; ponte a hacerlo porque ya estás a un paso”. Y ya estoy en eso.

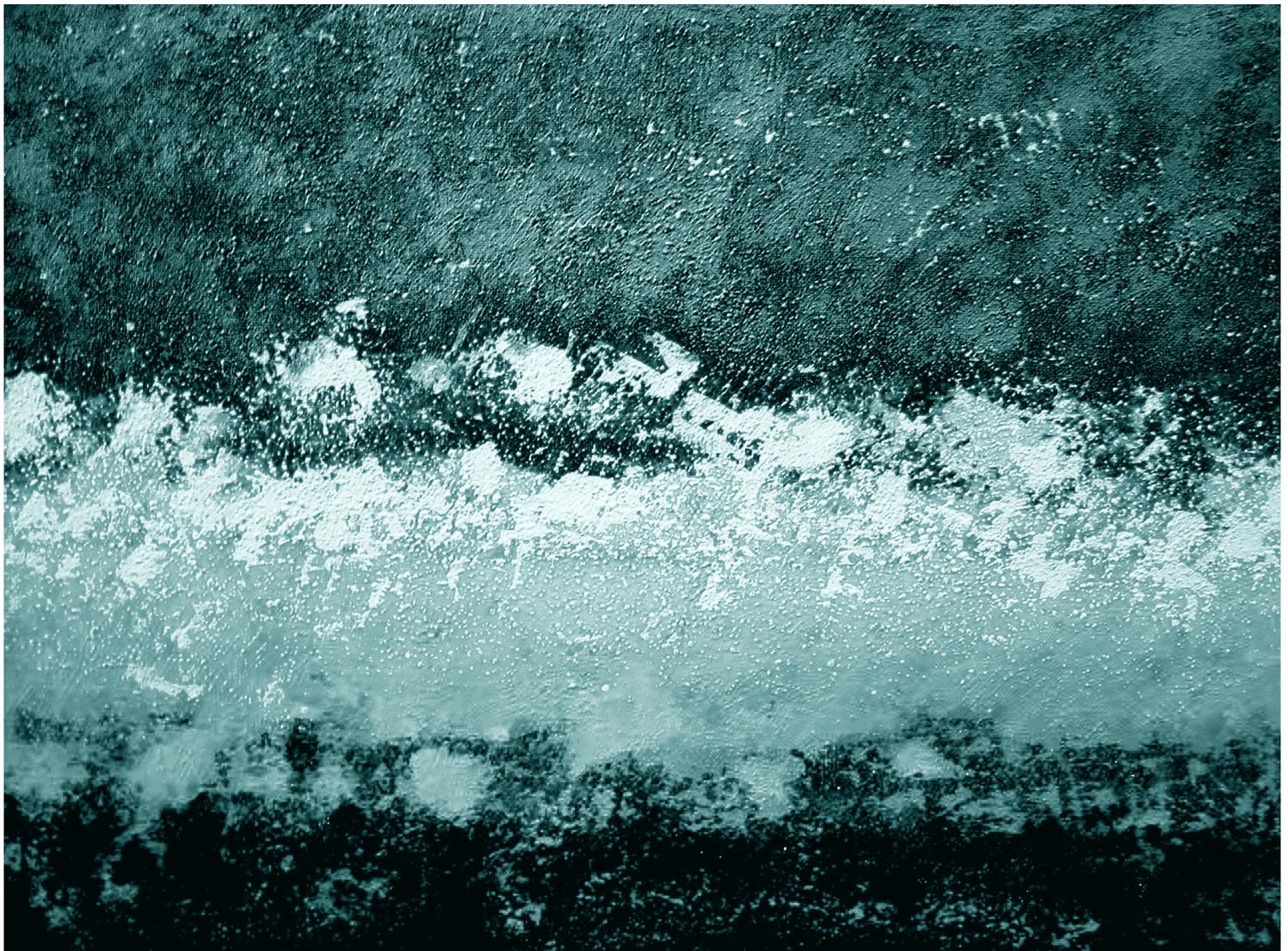
¿Cuál es tu sistema de trabajo?

Creo que es necesario trabajar a diario. Un par de horas cada día, los sábados probablemente cuatro. El domingo descanso, pero creo que es importantísimo, aunque no pinte mucho, sentarme al menos un

poco. Hay días en que no estoy de humor para pintar. En cambio otro día llego, me salen las cosas muy bien y me sigo unas dos o tres horas, pero diario, o casi. Trato de no dejar de hacerlo.

Como médico sabes muy bien que la disciplina es muy importante. Miguel Ángel, que sabía de esto, decía que si lo conocieran íntimamente admirarían más su tenacidad que su genio.

En un principio parecía que terminaba los cuadros demasiado pronto; Myrna Soto me dijo que los buenos pintores pintaban a base de muchas veladuras y, en uno de los cuadros de la exposición —*Los higos*— creo que le metí la mano como treinta días seguidos. Le hacía un poquito, no me gustaba, al día siguiente le hacía otro poquito; así, a base de trabajarlo en forma paulatina y de muchas veladuras, una encima de la otra, hasta lograr lo que estaba buscando. **U**



Abstracto